

¿Por qué me convertí en docente?

Silvia Ruvalcaba Barrera*

Porque tuve una mentora, una profesora, una guía y un ejemplo que seguir; una persona que me brindó la oportunidad de dedicarme a la docencia, una de las actividades más nobles de cualquier perfil profesional. Porque, a pesar de lo que muchos afirmen, ejercer la docencia es ejercer la profesión. En mi caso, ¿quién deberá formar a los veterinarios? ¡Principalmente otros veterinarios! Además, claro está, intervienen otras profesiones afines.

En 1980, después de haber cursado el Bachillerato con Adiestramiento en Didáctica de la Biología, de las Áreas Pedagógicas, ingresé a la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. La Maestra (así me referiré a ella, con mayúsculas iniciales) me impartió en primer año la clase de bioquímica.

Como características generales de La Maestra, mencionaré que era impecable en su apariencia física y en su actuar profesional. Siempre llegaba puntual, vestida con sacos a la moda, en colores llamativos y combinados con sus zapatillas de tacón y un peinado perfecto. Era agradable, jovial, bromista, pero nunca de manera tal que alguien se sintiera agredido.

Bioquímica era la asignatura que todo mundo temía, pero con ella todo mundo aprendía. Lo primero que memorizamos (porque así debía ser) fue el alfabeto griego, que era necesario para comprender la nomenclatura. Nos impartió la clase con dibujos y esquemas, empleando gises de colores en los pizarrones negros para facilitar el aprendizaje. Nos compartió un manual de bioquímica con excelente información y ejercicios que nos permitieron visualizar y entender lo que era tan complejo para nosotros.

Elaboramos modelos de ácidos nucleicos uniendo esferas de unicel con palillos de madera. Explicaba de una manera que cualquiera entendía. Calificaba de forma justa, considerando todos los elementos que pudieran ayudar a los alumnos. Sus habilidades docentes eran infalibles y la consecuencia no se hizo esperar: obtuve un 100 en bioquímica.

En segundo año nos impartió la asignatura de inmunología, igual, con esquemas y modelos; realizamos prácticas de laboratorio en las que analizábamos muestras de nuestra propia sangre, identificamos grupos sanguíneos, llevamos a cabo reacciones cruzadas para establecer compatibilidad sanguínea y recuento de anticuerpos contra diversas patologías. Aprendimos sobre mecanismos de defensa y enfermedades autoinmunes, sin siquiera imaginar que en el futuro La Maestra sería víctima de una de ellas.

Fue en este año en que La Maestra me invitó a realizar mis primeras 300 horas (eran 1,200) de servicio social como asistente de los profesores que impartían prácticas de bioquímica, bromatología y genética, preparando reactivos y material. El sistema universitario permitía llevar a cabo esta actividad por etapas. Terminé esas horas y continué como voluntaria en el Departamento de Bioquímica, del cual La Maestra era la jefa. Y así empezó mi maravillosa experiencia como docente de la Universidad de Guadalajara.

En 1984, en mi último ciclo escolar, me propuso realizar mi tesis profesional; lo acepté de inmediato, primero porque sabía que sería algo interesante y segundo, ya que eso me libraría de enfrentar al “jurado de la muerte”, que estaba integrado por los profesores más exigentes de la época, ella incluida.

Mi tesis fue “Determinación de proteínas séricas en codorniz japonesa (*Coturnix coturnix japonica*) con la finalidad de establecer diferencias con la gallina doméstica” Implicaba extraer muestras sanguíneas de los diminutos animalitos, así que aprendí muy bien, porque tuve que obtener 100 muestras. Y nuevamente La Maestra estuvo presente para enseñarme el método de extracción, el manejo de las muestras, el procedimiento y el cálculo para transformar la longitud de onda del espectrofotómetro en porcentaje de proteínas totales en sangre de codorniz.

La Maestra fue una excelente guía para que yo realizara la escritura de la tesis; me enseñó cómo gestionar la información científica adecuada al tema y me hizo correcciones de sintaxis y ortografía; fui la primera de mi generación en titularse, a menos de un año de egresada.

Cuando estaba concluyendo mi tesis, La Maestra me invitó para cubrir la incapacidad por embarazo de una compañera docente que impartía prácticas de bromatología; mi respuesta de aceptación fue inmediata. En ese tiempo, el Departamento de Bioquímica ofrecía al público análisis bromatológicos de alimentos para animales y análisis clínicos preoperatorios (biometría hemática y química sanguínea) a los pacientes que iban a hacerse endodoncias en la clínica de la Facultad de Odontología.

Así que mi primer trabajo fue cubrir el turno vespertino del laboratorio de bromatología. Mi función era concluir con el análisis de las muestras que se iniciaban en el turno matutino. Nuevamente La Maestra me enseñó todo lo que había que aprender para esa importante labor: manejo de equipo y de reactivos peligrosos, técnicas y metodologías del proceso de muestras y, por supuesto, cómo realizar los cálculos e integrar el reporte definitivo. Ese reporte siempre lo revisaba La Maestra antes de firmarlo; si todo estaba dentro de los parámetros normales, no había problema, pero si algún valor se salía de lo especificado para ese tipo de muestra, me pedía que repitiera el análisis en dos ocasiones más; así se tenía la certeza de que esa muestra correspondía a los valores obtenidos.

Después de concluir ese periodo, que duró casi tres meses, en septiembre de 1985, debido a la promoción de un compañero, quedó su nombramiento vacante. La Maestra me lo ofreció y yo acepté porque ya se había despertado en mí el interés por el área de la bioquímica, los laboratorios y los alumnos.

Era un nombramiento de medio tiempo y el último en el escalafón, pero no me importó. Ya estaba trabajando en la Universidad, en el Departamento de Bioquímica, en un espacio seguro con un magnífico ambiente laboral. Pero, sobre todo, con la oportunidad de aprender de las excelentes maestras que lo integraban y que a partir de entonces fueron mis compañeras.

Poco a poco fui subiendo en el escalafón, empecé a dar clases de bioquímica, de bioestadística y terminé especializándome en calidad e inocuidad de alimentos de origen animal. Impartí materias como Ciencia de la Leche, Higiene y Tecnología de la Leche y Composición

de los alimentos, en donde siempre abordé temas de mis orígenes en química y bioquímica.

En 1994, cuando se constituyó la Red Universitaria, el Departamento de Bioquímica desapareció, nos mudamos al Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias (CUCBA) y La Maestra dejó de ser mi jefa; ahora era mi compañera de cubículo y mi amiga; compartimos reuniones, comidas, festejos, eventos. A pesar de que me solicitó en reiteradas ocasiones que cambiara mi forma de dirigirme a ella, que la tuteara, me fue difícil; siempre fue La Maestra.

Aunque fue muy reservada en cuanto a su vida personal, yo conocía sus gustos musicales; José José y Raphael eran sus cantantes favoritos, su canción: “A mi manera” y disfrutaba de la música clásica e instrumental.

Cursamos un posgrado juntas; eso, además del trabajo docente que habíamos realizado por muchos años, nos valió para escalar hasta el nombramiento más alto. Ella ya empezaba a manifestar problemas de salud, aunque nunca lo expresó. Decidió jubilarse con apenas 52 años de edad y 31 años de antigüedad.

Por algún tiempo después de que se jubiló seguimos en comunicación, nos reuníamos en ocasiones especiales, pero por alguna circunstancia que nunca aclaramos, nos fuimos distanciando; su salud se fue deteriorando; asumo que esa fue una de las razones del distanciamiento. Pasaron los años y por largo tiempo dejé de comunicarme para, según yo, darle su espacio. Todavía me duele no haber estado más en contacto con ella.

Hace pocos años, recibí una llamada de su hija; me invitaba a su casa. Ahí estaba La Maestra; me dijo que estaba muy mal, que si quería visitarla y despedirme de ella. Acudí con mucho gusto y tuve la oportunidad de agradecerle todo lo que ella había influido para que yo fuera una buena docente. Le dije cuánto la quería, cuánto la respetaba y que siempre fue mi ejemplo a seguir; recordamos momentos y anécdotas, nos abrazamos y lloramos juntas; yo sabía que esa era la despedida y que sería mi última charla con ella.

A los pocos días recibí la noticia, La Maestra había trascendido, abandonó este plano, pero dejó un legado inmenso en miles de

alumnos que aprendimos bioquímica e inmunología con ella y que la recordamos con mucho cariño.

Su familia me brindó el honor de expresar unas palabras durante los servicios fúnebres. Recordé su trayectoria como la magnífica docente, la gran amiga, la excelente mentora que fue. La reconocí como uno de los pilares en la formación profesional de los médicos veterinarios y zootecnistas de Jalisco.

Entonces, porque yo poseía la formación y quizá la vocación, pero, sobre todo, porque conté con el acompañamiento y la guía de La Maestra, es que me dediqué a la docencia.

¿Y tú, alguna vez contaste con un maestro o maestra así?

*Doctora en Educación. Docente jubilada por el Cucba de la UdeG.
silviarualcaba@gmail.com



Las Jubilosas de Veterinaria